



SANTUARIO CARLOS
JIMÉNEZ ARRIBAS
ARTÍCULOS

SANTUARIO

Allá por 2004, o quizá fuera 2005, no lo recuerdo muy bien, oí una noticia en la radio que me llamó la atención. Un grupo de científicos españoles había organizado una expedición para explorar el cráter dormido de un volcán en el oeste de África. Era la primera vez que un occidental se adentraba en aquel territorio virgen, y la persona al frente de la expedición se mostraba exultante: un equipo español de biólogos, antropólogos y geólogos iba a pisar terreno no hollado, esas fueron sus palabras, podrían catalogar especies, descubrir alguna nueva, quién sabe, aportar hallazgos históricos a la ciencia en nombre de nuestro país. Cuando apagué la radio, me quedé pensativo. Se me ocurrió que la verdadera noticia habría sido no ir, renunciar a hollar ese terreno virgen. Precisamente porque podían, tenían la capacidad y el conocimiento, el verdadero gesto de humanidad y preocupación por el medio ambiente habría consistido en dejarlo todo como había estado milenios enteros, aceptar que aquel pedazo de tierra siguiera así, prístino, como un santuario. Escribí un texto con ese título y esa idea y lo dejé a un lado. Luego escribí otros parecidos, aunque solo sobrevive el del caballo Barbaro. Los demás los he perdido. Después de aquello fui a Mongolia en 2006, escribí el diario *Viaje al ojo de un caballo*, y Artemisa Ediciones lo publicó en octubre de 2007. Como forma de promocionar el libro, los editores me abrieron un blog para que escribiera entradas que tuvieran que ver con lo que me había ocupado en aquel viaje, naturaleza, animales, literatura, lo que fuera surgiendo. Descubrí una escritura nueva para mí, más corta que un ensayo, menos envarada, más libre; vi que podía escribir de lo que me viniera en gana, aunque casi siempre eran temas relacionados con la naturaleza. Aquello también quedó a un lado, pero se puede leer porque todavía está en la Red. Años después, una revista electrónica dominicana, *Retina*, me pidió colaboraciones, y escribí varios meses un artículo a la semana. Los reúno todos aquí, en ese orden, porque me parece que tienen un espíritu parecido y marcas genéricas que los acercan. Barbaro va sin tilde porque el caballo era estadounidense, lo incluí en el blog un día que no sabía muy qué escribir, me pareció relevante en aquel contexto. Todos los que van aquí también me lo parecen, he eliminado algunos y revisado todos. También uno que pongo aquí sobre el [proyecto de Eduardo Chillida de vaciar la montaña de Tindaya](#), en la isla de Fuerteventura. Tanto entonces como ahora creo que el proyecto no debería realizarse. Sí, es hermoso operar así sobre la naturaleza creando un lugar, un vacío, obsesión de tantos creadores, un espacio que se

pueda visitar para interactuar con el paisaje. Pero es precisamente esa *intervención*, una palabra muy usada hoy día en el mundo del arte, lo que me espanta. Quizá habría que dejar tranquilo el paisaje de una vez por todas. Los ecologistas se oponen por las explosiones que habría que hacer y el destrozo que llevaría consigo en el paraje de Tindaya. Y pese a que los ecologistas tienen también sus esencialismos, en este caso ¿cómo no estar con ellos? Guárdese el ser humano de injerir de forma excesiva sobre la naturaleza. Guárdese el proyecto, pero no en un cajón, sino en alguna sala de exposiciones, con maqueta, planos, dibujos, textos, recreaciones virtuales, todo eso. Guárdese como la obra que se quiso hacer, se pudo hacer, pero no se hizo, se dejó ahí, en ese espacio prístino previo a la materialización, como un pensamiento. Un homenaje al ser humano que pensó la montaña. Un tributo a la montaña que fue respetada por el ser humano. Sigo creyendo que la verdadera preocupación por la naturaleza, aparte de defenderla de los intereses de explotación, quizá también de sus mismos excesos, sería dejarla en paz. Hacer de todo entorno un santuario.

CJA octubre de 2022

BARBARO

Al parecer a los atletas se los entrena para que, en caso de sufrir una lesión en carrera, se tiren al suelo inmediatamente. Evitan así que una sola zancada más agrave el daño sufrido en músculos o huesos. Qué pena que nadie pudiera entrenar al caballo de nombre Barbaro para que se arrojara a la arena del hipódromo, con jinete y todo, nada más sufrir la laminitis por la que ha tenido que ser sacrificado. Pobre Barbaro, empezó a correr hace miles de años por la estepa huyendo de nosotros, cuando lo que queríamos era zampárnoslo, y ha seguido corriendo para nosotros, que apostamos por él, hasta el fin literal de sus días. Barbaro tuvo un subidón de adrenalina, se desbocó y siguió galopando, ya lesionado, en una carrera en Baltimore, EE. UU. Como en todo, los buenos se entregan más, según palabras de uno de los preparadores y jockeys entrevistados. Como en todo, los buenos corren más riesgos al dar más de sí y por ello están más expuestos. Barbaro de pobre tiene poco. Y no lo digo por las ganancias que ha generado el semental velocista, cuantiosas como deben de haber sido a juzgar por lo que serán las pérdidas después de la inyección letal: 95 millones de euros solo cubriendo yeguas, sin incluir los premios en las otras carreras, esas en las que el montado era él, y el objetivo, como el de un espermatozoide gigante, llegar antes que los demás al óvulo de la meta. Un animal que muere en la entrega de lo más sublime de su ser, que es la velocidad, posiblemente mimado y entrenado con primor, entero, lo que ya es todo un privilegio para un équido en poder del ser humano hoy día, y verdadero en sus cubrimientos, bello y consciente en la belleza del galope, un animal y una muerte así deben inspirar lo opuesto de la pena, que es la admiración. Maravilloso Barbaro. No se ha escatimado en gastos para salvarlo, operaciones, clavos en la maltrecha rodilla, curas y posoperatorios. Se le ha otorgado un trato vip, nada que ver, parece, con el que reciben muchos otros caballos lesionados en carrera, a los que, detrás del pudoroso biombo que los oculta de la grada, se les aplica una eutanasia in situ. Nada que ver con el caballo que se rompe una pata en las películas del Oeste, sacrificado por el héroe, de quien ha logrado arrancar esa furtiva lágrima que ni los indios ni la cabaretera pelirroja logró de él. Bravo Barbaro. Brindo por él con el champán de los campeones, con la leche de los potros o con la simple agua impoluta de todos los herbívoros. Lo digo por aquel poema de Ramón Andrés en el que celebra a esos animales que beben sin dejar filamentos de sangre en los arroyos. Bebo y brindo por su vida, por su huida, no de sí mismo, sino todavía de nosotros que seguimos apostando por

él. Por su muerte, digna de los héroes. Y lo miro con respeto y admiración en esta foto que recorto del periódico y pego en algún rincón ilustre de las paredes de la memoria: un tordo fibroso y grácil, con una estrella en la frente —Barbaro tenía que ser un caballo con estrella—, todo potencia en la plenitud de la carrera, elevado sobre el suelo, alado casi; unido a la realidad por esa arena que levantan sus cascos, como el glorioso polvo en que se ha convertido y cruza a lomos del viento por las praderas que un día fueron suyas.

[...]

LA LIBERTAD, AMIGO SANCHO

En palabras de una víctima de secuestro recién liberada, «... pero, ¡qué bueno morir tocando la libertad!». Lo dice Ingrid Betancourt al referirse a las peligrosas circunstancias de su liberación junto a otros rehenes de las FARC. Y recuerda aquel parlamento de don Quijote a Sancho, la libertad, amigo Sancho, es el bien máspreciado del ser humano y por él merece la pena dar, si hace falta, hasta la vida. No son las palabras exactas porque cito de memoria. Y seguro que la memoria ha ayudado a esos rehenes que ya respiran el aire libre a resistir tantos años. A los torturados y secuestrados les ayuda recordar cosas y momentos para aislarse de la circunstancia impuesta de su presidio. Uno canta mentalmente todas las canciones de los Beatles para abstraerse, otro recita en la bóveda de su cráneo poemas de amor para espantar el odio. San Juan de la Cruz habría escrito el monumento que es el Cántico espiritual sobre la cal de su memoria, sepultado entre las cuatro paredes calcáreas en las que lo encerró el celo de la ortodoxia. Y ¿qué recordaría Cervantes en su cautiverio mientras era sometido a quién sabe qué tipo de vejaciones, incluso si se daban entre el lujo, los cojines, las rumorosas fuentes? Muy mullido no tenía que ser ese entorno cuando arriesgó la vida varias veces, como hizo Ingrid Betancourt, para escapar. Para los secuestrados en las selvas de Colombia la memoria era la radio, las voces de sus familiares a una hora temprana, antes de que levantara el día con su certeza impuesta, en ese tiempo o duermevela en el que todo parece posible. Me imagino el repentino fragor de la selva como un aviso de rotundidad, con todo el peso de ese estruendo diciendo que hoy tampoco serían libres. Por supuesto que hay mucha gente secuestrada, muchas selvas y zulos que no lo parecen por el mundo. Muchas mujeres secuestradas por sus maridos, hombres secuestrados por sus mujeres, padres secuestrados por sus hijos, hijos secuestrados por sus padres. El síndrome de Estocolmo, que no ha colonizado la mente de Ingrid Betancourt, se extiende por todas partes con la universalidad de una plaga y el dudoso pretexto del amor. Pero secuestrar a alguien con el pretexto más dudoso todavía de liberar una idea más grande, como alimentar con sangre ajena el dudoso árbol de una idea mayor, eso no es un síndrome, sino un delito, y como tal tiene que ser contemplado. A veces cruzamos la ciudad recitando un poema mentalmente, subiendo una ladera nos asalta un pensamiento que leímos hace mucho tiempo, una canción resuena dentro de nuestra cabeza en la ebriedad o turbiedad de la noche, depende de los días. Nos religamos al idioma en esos momentos, a la vida y a la

especie. Son pequeños ejercicios espirituales, pequeños simulacros de una memoria que nos salve, nos diga cosas como que la libertad amigo sancho o mi amado las montañas.

EBRIA DE POLEN Y DE ATREVIMIENTO

Drunken and overbold, así describe en un poema Robert Browning a la abeja, ese animalito del que tantas cosas hemos aprendido y, según parece, todavía tantas tenemos que aprender. Aunque si escribiera hoy desde los Estados Unidos, quizá Browning le pondría otros adjetivos al insecto, *stressed and overworked*, estresada y hasta arriba de trabajo: millones de ellas son llevadas en camiones cada año para polinizar almendros y otros cultivos a lo largo y ancho del país. Tanto trajín las está afectando, alterando sus ritmos de sueño, sus coordenadas vitales; y, si a esto le sumamos la agresividad de muchos pesticidas que no distinguen los buenos de los malos entre los insectos, se produce el abandono inexplicable y masivo de las colmenas. Como los niños de Hamelín, las abejas de repente desaparecen de la ciudad, sin dar un ruido, convocadas por una llamada misteriosa que no deja atrás ni la muleta del niño tullido: idas en un abrir y cerrar de ojos. La misma reseña de la que extraigo esta información recoge en uno de sus titulares algo sorprendente: Einstein predijo que si se extinguieran las abejas los seres humanos no durarían ni cuatro años sobre la Tierra. El efecto tantas veces mencionado de una mariposa batiendo las alas en el hemisferio sur y provocando un cataclismo en el norte no sería nada comparado con una deserción en masa de la abeja Maya y sus congéneres. Los humanos solemos preocuparnos por animales más grandes y de aparente mayor rareza, las campañas de protección de la naturaleza adoptan osos o tigres como mascotas, y bautizamos, con singular ombliguismo antropomórfico, a unas y a otras especies con rasgos nuestros: el perezoso, el diablo de Tasmania, el del rey de la selva. Pero es otra reina (y nos la estamos cargando al estresar a su séquito) la que verdaderamente ostenta la posición de prominencia para nuestra especie en la pirámide animal. Porque también el néctar que las abejas producen puede acabar siendo nuestra Némesis, y vamos todos como locos mirando las etiquetas de los tarros de miel, no vaya a ser miel impura, recolectada cerca de Chernobil, por ejemplo, o no lo suficientemente lejos. Pero los cánceres que nos asedian no llevan etiqueta y el aire no conoce filtros, ni puertas tiene el campo. El animal morfológicamente más alejado del ser humano (aunque nos recuerde tantas cosas su comportamiento), cuyo vuelo y cuya vida podemos interrumpir con un simple manotazo, puede a su vez encerrar nuestra salvación y ser nuestra condena. Conviene no olvidarlo. El poema de Browning, por cierto, se titula «La popularidad», y en él tiene un papel estelar otro animalito aparte de la abeja: el múrice, una especie de molusco de cuya sangre se extraía un tinte natural de color azulado. La ciudad de Tiro,

en el Líbano, fue famosa en la Antigüedad por sus múrices. Entre Chernobil y Tiro, dos ciudades marcadas por el azar y la desgracia, entre el dorado y el púrpura, vamos atravesando el mundo con un séquito de abejas.

EL MUNDO ANIMAL DE TURGUÉNIEV

La reliquia viviente es una selección de los cuentos de Turguéniev en traducción de Fernando Otero. De Turguéniev solo conocía *Los poemas en prosa*, y esos esbozos del final de su obra tienen un magnífico y ampliado precedente en estos *Apuntes* o retratos de personas, paisajes y animales. Me quedo con estos últimos, defendidos con vehemencia en el libro pese a que todos los cuentos tienen como testigo a un cazador. Si Turguéniev se adentra por primera vez para la literatura rusa en el mundo de los siervos, abre también el territorio real del bosque a la imaginación, y pone la primera piedra para un decálogo de derechos de todas las criaturas de la Naturaleza: «Seguro que disparáis a los pájaros que vuelan por el cielo... Y a los animales del bosque. ¿Y no os da vergüenza matar a los pobres pajarillos, derramar sangre inocente?». Quien habla es una especie de iluminado, cierto, un personaje al que muchos tienen por loco, pero queda esa voz ahí, a mediados del siglo XIX, reclamando una mirada de atención para el mundo animal. Aunque de entre estos seis cuentos (*Apuntes de un cazador* consta en su edición definitiva de veinticinco) solo en uno de ellos hay un animal protagonista, las referencias a perros, caballos, pájaros y liebres son impagables. Turguéniev se crio en el campo, fue un siervo quien le inculcó el amor a la literatura, pero el mundo natural le entró por los cinco sentidos a juzgar por la fidelidad con la que recoge el gemido de orgullo herido del perro, o cómo el miedo hace audaz a la liebre. La literatura cobra nuevos territorios. El caballo es, sin duda, el animal en la cima de esta jerarquía natural. En los dos cuentos enlazados del final, «Chertopjanov y Niedopiuskin» y «El final de Chertopjanov», presenta un cuadro muy quijotesco. Los dos personajes del primero de estos títulos parecen una versión rusa y decimonónica de don Quijote y Sancho. Su aparición en una escena venatoria delante del narrador es espectacular: Chertopjanov a lomos de un enorme caballo, lleno de hidalguía, un poco histriónico; y Niedopiuskin detrás, rechoncho y montado en un jamelgo que casi parece degradado a la categoría de pollino. Hay uno o varios galgos corredores en esta historia. Y la Dulcinea de turno, Masha, una gitana de mucha más presencia y carnalidad que la amada cervantina. A diferencia del manchego caballero también, todos estos personajes acaban abandonando a Chertopjanov, quien se ve favorecido por su gran corazón con un último e inesperado regalo: Malek-Adel, un magnífico caballo gris del Don que es la envidia de toda la comarca. El final es trágico, no obstante, con un Chertopjanov disparando su revólver en la frente del animal. La descripción que hace Turguéniev de este horrible acto pone los pelos de punta, y su verosimilitud y dramatismo

dejan obsoleta cualquier escena similar en las películas del Oeste. He querido pararme en ella porque esta tarde, en unas horas tórridas sobre Madrid, he visto *Expiación*, la película basada en la novela de Ian McEwan. Y, si bien es un filme igual de plumizo que la tarde, hay una escena muy lograda y realmente apocalíptica. Las tropas británicas esperan a ser embarcadas de regreso a casa en una playa francesa y alguien está matando, con un tiro en la frente, a todos los caballos. Los animales forman en fila, con sus mantas reglamentarias, ignorantes del destino que les aguarda por estricto orden de contigüidad. Es un panorama desolador. El resto de la composición, las tropas de infantería en formación entre las olas, los montones de heridos, las cantinas infectas, el delirio y las hogueras no tienen esa carga aterradora de los caballos que caen por estricto turno sobre la arena. Solo hay un momento parecido, un guiño del realizador, cuando un oficial de ingeniería va haciendo lo propio con los carros blindados, que emiten uno detrás de otro una última nube de vapor desde su motor moribundo. No solo los hombres perecen en las guerras, vienen a decir estas imágenes simétricas. La Gran Guerra, como se conoce también a la Primera Mundial, levantó acta de la defunción del mundo en el que vivía Turguéniev. Al ver esos caballos ajusticiados con un tiro en la cabeza, llamado con no poca prepotencia el tiro de gracia, sabemos que el gran escritor ruso no se equivocaba cuando, en la voz de un loco, avisaba sobre el derramamiento de sangre inocente.

[...]

REPONEDORES

Vivo cerca de unos grandes almacenes. Algunas noches, cuando vuelvo a casa, los veo afanándose en descargar camiones gigantescos aparcados a la puerta del edificio en el que van distribuyendo las mercancías: ropa de señoras y lencería, a la segunda planta; caballeros, a la tercera; jóvenes, a la quinta; lo que no quiere nadie, sexta y última. Son una cuadrilla de fortachones, ataviados con monos oscuros, llevan el pelo al rape y un cinturón de protección a la cintura. Trabajan metódica y rápidamente, con la coordinación de quienes se saben distintos gracias a esa coreografía de altas voces y agudos silbidos, movimientos diestros, una camaradería de cuartel que excluye al resto de los mortales. Las pequeñas grúas para desembarcar y apilar paletas corretean con las luces encendidas entre los camiones y contribuyen a la escena portuaria en una ciudad que queda muy lejos del mar. El escaso tráfico de la hora, los contados transeúntes en su camino de vuelta a casa, todo discurre en otro plano de la realidad, ajeno al ajetreo del pequeño ejército de reponedores que trabaja por la noche vaciando el camión de sus estibas. Luego, a primera hora, antes de abrir al público, llegarán las dependientas con manos primorosas a ordenar la carga, quejándose de que hay que ver cómo lo dejan todo. La sacarán de las cajas de cartón. La colocarán en la sección correcta, supervisadas por los jefes de planta, encorbatados funcionarios de este templo del consumismo. Luego, a primera hora, cuando ellos echen un último cigarro y un último café antes de salir para otro puerto de descarga, o vuelvan a casa con las primeras luces y la expresión de misión cumplida en la mirada. Ajenos otra vez a los primeros parpadeos de una ciudad que despierta. Las biografías edulcoradas de escritores, músicos y artistas están llenas de referencias a lo que hacían antes, cuando no ejercían todavía de escritores, músicos y artistas, y luchaban por abrirse camino, trabajaron de camareros, paseadores de perros o figurinistas. Es comprensible la cara de circunstancias o el gesto encarado con el que sirven el café. Los han pillado en cábalas sobre la forma idónea de rematar una novela; en plena concentración, componiendo una coreografía que los saque de aquel local infecto y los lleve en volandas al Bolshoi. Yo mismo soy profesor pero quiero ser escritor, y entro cada día en clase maldiciendo en secreto a mis alumnos —que son quienes me dan de comer—, porque me están quitando un tiempo precioso para ponerme las pilas, atarme los machos, y dar comienzo de una vez a mi carrera literaria. Profesor, traductor, camarero, paseador de perros, no son más que formas distintas de trasladar las cosas de un lugar a otro, de llevar de un lado a otro el conocimiento, el sentido, el café contenido en una taza, el perro antes

y después de que haga caca. Su valor de traslación es su valor de cambio. Una ocupación que no figura nunca en esas biografías previas es el de reponedor. Y sin embargo parece por antonomasia el oficio del traslado, su máxima expresión, un trabajo en el que la ciencia consiste en llevar la mercancía por la noche de un sitio a otro, sin que se note, para que no parezca nunca que los estantes están vacíos. El reponedor es una especie de rey midas y garantiza que los pasillos de los supermercados y las secciones de los grandes almacenes presentan siempre la perfecta alineación para la avidez, o el esplín, de los consumidores. Hay algo que escapa a las fuerzas de la sociedad consumista en este oficio de traslación máxima. Yo, que no quiero ser profesor, tampoco quiero ser ya escritor. Quiero ser reponedor, levantarme al atardecer, meter mi cuerpo de forzudo en un mono oscuro, ajustarme el cinturón y vaciar los camiones cargados con la nueva cornucopia del Capitalismo.

[...]

FUGA DE ADÁN

El otro día Adán y Eva se fugaron del Paraíso. Saltaron las vallas y los alambres de espino, probaron el sabor ácido del aire libre, y, cuando todavía estaban a unos cientos de metros del Edén, Eva fue abatida a tiros por las fuerzas del orden. Adán siguió en su huida y se refugió en un bosque cercano. Adán y Eva eran una pareja de chimpancés requisada a un millonario de Mallorca. No se comprende muy bien por qué los humanos pueden tener todo tipo de mascotas, cuando demuestran un día detrás de otro que no saben tenerse ni a sí mismos. El excéntrico de turno guardaba un zoo particular con monos, felinos, reptiles y pájaros. Las ansias de emular a Noé deberían estar reguladas como lo está la emisión de CO2 o el tamaño de los remolques autorizados en la vía pública. Ni siquiera deberían existir los zoos. La excusa de ofrecer muestras de especies animales para que los niños vean cómo es un león ya no vale: un león entre rejas no es un león. Adán y Eva, que ya eran pareja antes de la requisición, cohabitaron en un recinto municipal y se fugaron juntos. Adán era cincuentón, quizá le dijo a su amante que lo siguiera, que confiara en él, que él sabía lo que se hacía, adónde iba, en qué vertedero podían encontrar los gusanos más suculentos. No se sabe si habían visto la película de Bonnie and Clyde, ni si leyeron la Biblia. De esto hacía ya varios días. Las patrullas buscaban a Adán por el este de la isla. Llevaban orden de disparar a matar, porque Adán podía ser peligroso. Los fundadores siempre lo son, y Mallorca ya está superpoblada de ricachones y borrachos, no había cabida en el censo para un espontáneo más. Pasaban los días, y nos imaginábamos a Adán en lo alto de un acantilado, meándose encima de los francotiradores mientras le llenaban el pecho de plomo. En nuestra visión romántica de los hechos, Adán mostraba su sonrisa mellada y emulaba a César antes de caer. Decía: ¿¡Vosotros también, brutos, sois hijos míos!>? Qué hermosa esta venganza de lo ínfimo, esta reivindicación de todo lo oprimido para dar lustre y tono social a lo que imaginamos: el sojuzgado chimpancé se rebela y hace un corte de mangas a las fuerzas opresoras. King Kong en el Empire State rodeado de avionetas no daba una estampa mejor. Pero la imaginación no casa siempre con el perfil real de lo acaecido, y pronto supimos que Adán había muerto ahogado al poco de escapar. En su huida tuvo que atravesar una planta potabilizadora, quizá resbaló, o midió mal la brazada, y su cadáver acabó flotando en las aguas fétidas. Quisimos su figura para reivindicarnos, pero acabó igual que nosotros, hijos suyos al fin y al cabo. Quiso disfrutar de unas horas de dudosa libertad, y se lo tragó la poza séptica. Comió kilos y kilos de mierda. Igual que nosotros.

[...]

LA MUERTE EN UN DIPTONGO

A mediados de agosto una joven holandesa de 17 años murió en las montañas de Cantabria, en el norte de España, mientras hacía *puenting*. No quedaron muy claras las circunstancias del fallecimiento, pero podría ser que la joven malinterpretara las instrucciones del monitor, quien todavía no había atado a la chica y dijo: *No jump*, «No saltes». En vez de eso ella habría entendido: *Now jump*, «Salta ya». El caso es que la chica saltó y se mató. Si esto es cierto, la situación tiene mucho de trágico, pero también de absurdo. Ridículo es que la muerte nos sorprenda en un diptongo. En algunos dialectos del inglés, en Irlanda y en Escocia, los diptongos se nivelan bastante, es decir, los extremos vocálicos se acercan y lo que el oyente percibe parece un solo elemento vocálico. El poeta irlandés Seamus Heaney, por ejemplo, rima sin mayores problemas *ground* con *errand*, o *house* con *notice*. Si la joven trágicamente fallecida había pasado sus veranos en Irlanda, quizá se acostumbró a percibir la palabra *now* pronunciada con una única y larga vocal, en vez de los dos elementos constituyentes del diptongo más estándar: a-u, por simplificar. En ese caso, ante una instrucción dada por un hablante no nativo, podría haber confundido *no* con *now*. Puede también que estuviera muy sugestionada, que fuera su primera vez, se sintiera nerviosa y no atendiera muy bien a lo que le decían desde cierta distancia, porque estaba deseosa de probar el salto al vacío. Todo podría haberse evitado si el monitor hubiera usado una variante más correcta del idioma, si hubiera dicho: *Don't jump*. El uso global del inglés ha generalizado la forma *no* más infinitivo en sustitución del imperativo. Medio mundo se da instrucciones negativas siguiendo esta fórmula, no tan común en el inglés estándar. Mi reflexión tiene que ver con eso, con la globalización y pérdida de perfiles lingüísticos de una *lingua franca*. El mismo nombre de la actividad, *puenting*, delata cierto carácter dominguero, poco profesional. En castellano aplicamos ese sufijo a actividades sucedáneas: decimos hacer *footing* cuando no corremos muy en serio. Por no hablar de *balconing* o *piscining*, la trágica y absurda moda en las playas españolas de saltar desde el balcón del hotel a la piscina. El *puenting*, que tiene en inglés un nombre mucho más técnico, *bungee jumping*,

no parece una actividad tan seria como el paracaidismo, al que hemos dotado de una palabra léxicamente plena, sin sufijos prestados. Los profesores de inglés solemos pertenecer a una tradición filológica y tendemos a ser muy formalistas, y el caso de la chica holandesa parece que nos da la razón. Pero luchamos contra los elementos, pues la globalización se impone, y muy pocas de las personas que hablan inglés en el mundo son nativos. La mayor parte de la interacción en este idioma se produce entre alemanes y etíopes, por ejemplo, japoneses e italianos, noruegos y costarricenses, dominicanos y chinos. Es lo que el lingüista británico David Crystal llama *English Englishes*, un fenómeno imparable que alterará la forma de la lengua inglesa igual que el latín vulgar acabó convertido en las lenguas vernáculas. Es prácticamente imposible erradicar la presencia de la lengua madre en el estudiante de idioma, y ese *software* previo es el responsable de la mayor parte de los errores que comete. Dada la masificación del uso del inglés en el mundo globalizado, cada país lingüísticamente diferenciado acabará adoptando su variedad del idioma de Shakespeare, y los errores no serán percibidos como tales, sino como perfiles novedosos, autóctonos, ¡quizá hasta nacionalistas!, de la *lingua franca*. La comunicación será posible, incluso rica para un oído no prejuiciado. Habrá saltos trágicos al vacío, actividades absurdas. Y los profesores de inglés acabaremos en el paro.

PALMIRA

La ciudad siria de Palmira aparece estos días en la prensa por la trágica destrucción de sus monumentos a manos del islamismo radical. La pérdida de obra artística y arquitectónica valorada por su antigüedad escuece en Occidente. El Estado Islámico lo sabe, por eso ataca ahí, y no solo para destruir templos idólatras. El terror ejercido como arma de guerra no distingue entre hombres, mujeres, niños, ancianos, estatuas, columnas y capiteles. Todo cotiza en la estrategia de sembrar el pánico y llamar la atención sobre la causa verdadera. Se ceba sobre todo en lo visible, lo más reconocible. Como personificación de toda esa pérdida, como figura humana más visible, recientemente ejecutaron en público al encargado de proteger el legado monumental de Palmira, Khaled el-Assad. La prensa se hizo eco de los tintes dramáticos de la ejecución: lo mataron por negarse a rebelar el paradero de más obras históricas. Si esto fuera cierto, su muerte añadiría una faceta más al túmulo de los héroes: alguien murió por salvar el patrimonio de la Humanidad. Otro sirio encargado de proteger el arte de su país, Maamoun Abdulkarim, ha llamado la atención, sin embargo, sobre la destrucción de un patrimonio más valioso que las ruinas de Palmira: la ciudad de Aleppo. Ahí las pérdidas se confunden ya que, con los monumentos, las mezquitas, los bazares y los palacios, ha desaparecido la gente que vivía en ellos, los cruzaba cada día para ir a la compra o al trabajo, formaba el tejido humano que le daba vida a la ciudad. En Palmira la gente vive en casas modernas surgidas como una colonia al lado de las ruinas. Aleppo había incorporado la antigüedad a su vida cotidiana. La pérdida no es menor. Cuando estuve en Siria lo que menos me gustó fue Palmira. La visita al parque temático de las ruinas romanas en el norte de África, donde mejor están preservadas, aburre. En Palmira, además, fue en el único lugar en el que vi el asedio al turista. Un ejército de niños, cada uno con su camello, perseguía al visitante entre las enormes piedras ofreciendo sus servicios. El resto del país se mantenía digno en su actitud con los extranjeros, hablaban con nosotros, se hacían fotos, los niños se bajaban de los autobuses para acercarse a conocernos, solo Palmira había sido maleada por el turismo. Me pregunto si se podría trazar una comparación entre la Palmira del siglo III después de Cristo y la de la actualidad, con todo lo traída por los pelos que pudiera parecer. En el climaterio de un imperio, un pequeño reino de Oriente Próximo creado por el mismo imperio para servir de adelantado se rebeló y plantó cara a las legiones con la intención de suplantar su hegemonía. El imperio tardó en reaccionar y las cosas se salieron de madre. Zenobia, la reina viuda, la mater dolorosa, condujo personalmente campañas

exitosas y llegó a tomar incluso Egipto. Por fin el emperador reaccionó, mandó tropas y asedió Palmira. Zenobia fue llevada a Roma como prisionera y allí murió enferma, o ajusticiada, o también, dependiendo de la leyenda, se estableció como matrona romana en lo que hoy sería la ciudad de Tívoli. En la actualidad, en el declive de otro imperio, una oscura criatura amamantada a sus pechos, con el fin de servir de cuña frente al otro poder que podría hacerle sombra, ha plantado cara a quien lo alimentó y ha acabado conquistando franjas importantes de terreno en Oriente Próximo. Ya solo falta el envío de tropas y el asedio. Y la leyenda hablará de Guantánamo, de drones y de héroes enterrados en la vastedad anónima del mar. Pero por encima de la historia y de la leyenda queda la humanidad. Menos proteger su patrimonio y más cuidar de ella. Quizá alguno de aquellos niños que querían hacerse una foto con nosotros, alguno de los jóvenes universitarios con los que hablábamos de literatura inglesa a las puertas de la fortaleza esté cruzando ahora Europa con su escaso patrimonio: lo que llevan puesto, el dinero que le entregan a las mafias, los hijos que ya nunca cruzarán las puertas de la antiquísima ciudad de Alepo. Abrámosles las nuestras.

TATUAJE

Acabo de leer los cuentos de Flannery O'Connor, la escritora estadounidense que murió de lupus antes de alcanzar los cuarenta. La enfermedad la cercaba como una presencia acechante en lo más álgido de su carrera, y ese círculo de fuego –título de uno de sus cuentos– quizá le dé el sesgo trágico a la obra. No sé muy bien por qué, pero al leer a esta escritora sureña no tengo la sensación de que estoy viendo el paisaje característico del sur de los Estados Unidos. Queda todo reducido a esencia en sus cuentos: la granja desbrozada frente al bosque circundante, los pastos, la línea de árboles oscuros en el horizonte, otro nuevo círculo de fuego que amenaza con engullir la plácida vida en el campo. Solo los cielos entrevistos por su mirada católica revelan un primor descriptivo en los atardeceres, como un cuadro de la Contrarreforma que use el lienzo empíreo para atiborrarlo de visos celestiales. Un rompimiento terrenal en plena plantación, eso es el paisaje de Flannery O'Connor. Los trabajadores negros subrayan ese círculo alrededor de la granja. No viven en ella, solo acuden a trabajar en las faenas más duras, intervienen desde el margen con su dialecto sincopado y sus misteriosas creencias. Quizá si viviera, la Flannery amiga del trapense Merton acudiría estos días fervorosa a Washington para ver al Papa Francisco, lanzado a la causa perdida de la reevangelización católica de América, un continente que ya se disputan el santero y el luterano. Podría ser un ejercicio interesante comparar su universo compungido y sometido al martirio, al castigo que sufre siempre el pecado mayor, la soberbia –una forma de desenfoco en la visión de uno mismo, de los otros y del mundo–, con la novela *As I Lie Dying* del autor protestante William Faulkner. La madre coraje de los cuentos de Flannery comparte con la agonizante de Faulkner ese poder sobre todos los seres y las cosas, pero una y otra vez la escritora se ceba en ella para ejemplificar el castigo. ¡Qué terrible ese final de un toro negro embistiendo a la señora Greenleaf en mitad del claro arrebatado al paisaje natural del bosque! Me quedo, no obstante, con un cuento en el que el pecador es un hombre: «Parker's Back», «La espalda de Parker». Allí el martirologio, la enfermedad, el fervor de la fe y su ardiente anclaje en el mundo cuajan en el cuerpo tatuado del protagonista, que va sembrando de tinta azul y roja su epidermis mientras recorre al mundo enrolado en la marina estadounidense. Parker conserva, no obstante, una parte de su cuerpo sin tatuar: la espalda. Dice que porque no se la puede ver, pero bajo ese aparente narcisismo late algo más profundo, una verdad dolorosa que el cuento, la peripecia vivida por los protagonistas, se encargará de revelar. La revelación, la salvación, el sufrimiento, el

pecado capital del orgullo y su expiación a través del martirio... Queda tan lejos todo esto como los cristos tatuados en el torso de los legionarios y las vírgenes dolientes dibujadas sobre el corazón de tantos presos. ¿O quizá no? Pienso en ello cuando veo jóvenes tatuados de pies a cabeza, un horror vacui de la piel que hace el agosto de los tatuadores. ¡Qué desperdicio!, diría Parker, quien asocia cada tatuaje a un lugar en el mundo, una persona, una experiencia. ¡Qué desperdicio de piel para la espada flamígera del ángel apocalíptico!, diría quizá Flannery, apostada junto al Potomac con una banderita morada mientras espera que la roce con su filo de fuego la mano tímida del Papa.

SVETLANA ALEXIÉVICH

La llaman para decirle que ha ganado el Nobel, y la pillan planchando. Luego le cuentan todo el dinero que el premio implica y dice, Qué bien, así podré sacar adelante dos libros que tengo en mente. Tarda entre 5 y 10 años en escribirlos, imaginamos que porque tiene mucho que planchar. Tendrá además que poner lavadoras, hacer la compra, guisar. Otra patita fea de las estepas que también se llama Svetlana, Svetlana Geier, traductora al alemán de cinco novelas de Dostoievski (se ve en la película *La mujer de los cinco elefantes*), compara la labor de traducción con el planchado de la ropa. En ambos casos hay que enderezar los hilos. Traducir es eso, dice, devolverle el recto sentido a lo escrito. Qué hermosas estas imágenes domésticas que emplean las escritoras para definir su mundo. Como los pucheros de Teresa de Jesús, otra patita fea. Uno escribe con lo que tiene a mano y conoce. Pienso en los cisnes majestuosos que han ganado el premio, y pienso si quizá a algún nobel lo habrán pillado planchando cuando le comunicaron el fallo. O si tuvieron que llamar más tarde porque estaba haciendo la compra, como le pasó a Doris Lessing. Habrá casos en que sus mujeres contribuyeran a su carrera literaria con tanto tesón o más que ellos. Y, aunque habrá casos también en que fueran luego abandonadas por otra, sin embargo, ellas siguieron defendiendo al autor y la obra. Quizá les queda solo eso, la conciencia de que sin ellas el galardón no habría sido posible, y a esa certeza en su abandono se aferran. Luego pasan y repasan los dedos por los hilos de la obra, silenciosas y ausentes. Son una especie de reflejo inverso de ese otro fenómeno, la viuda literaria. Pienso si estas mujeres, después de entregarse a sus creaciones literarias y a sus traducciones, después de darle voz a las voces de Chernóbil, a las simas insondables de los Karamazov y los Raskolnikov, entregadas en cuerpo y alma a la literatura, su toxicidad y sus rugosidades, van al cuarto contiguo y respiran aliviadas al ver la mullida paz de una tabla de planchar lisa como la estepa, una pila de ropa aromática mullida cual nieve recién caída.